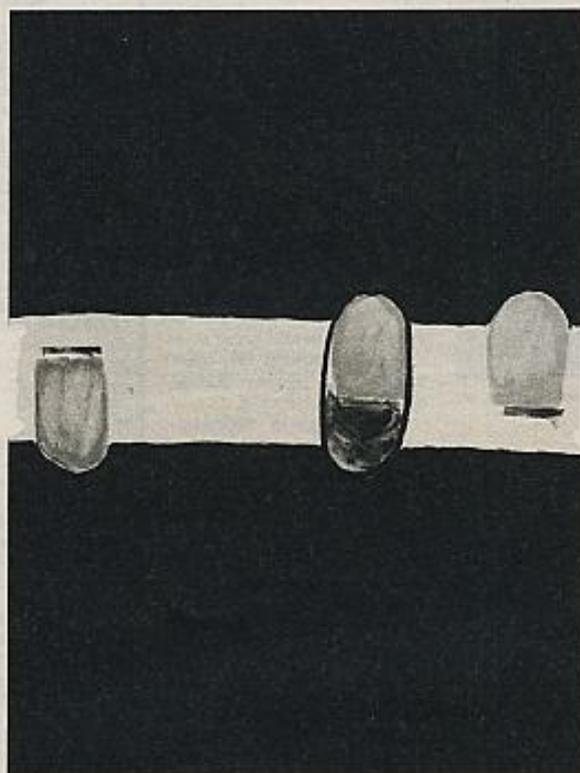


podría más que la energía necesaria para no perder la ruta que al principio de su carrera sería Pedro Olea parecía haber elegido ("El bosque del lobo" o "La casa sin fronteras", películas que pueden considerarse mejor o peor, pero que, de cualquier forma, mostraban un exigirse a sí mismo más riguroso que el que ahora nos está ofreciendo). Si unas películas bien cuidadas y con temas digamos "fuertes" conseguían interesar al público, no debe parecer necesario aprovechar esa base mínima del consentimiento popular para derroteros más ambiciosos.

Y en este camino, Pedro Olea nos ofrece ahora "La Corea", donde se acumulan sus errores anteriores. Ambientada en época actual, lo que en las películas anteriores parecía servidumbre al "cine de época" (en el que el melodrama parece siempre como más justificado), aquí se muestra en toda su simplicidad: no están analizados los personajes de la acción (las prostitutas son entrevistas con los tópicos habituales de nuestro cine; los chicos se "corrompen" en la gran ciudad; los norteamericanos de Torrejón se solucionan con "tics" poco convincentes...), ni la acción misma conduce a otra parte que no sea la propia trama argumental, en sí misma insuficiente y, lo que es peor, al no venir profundizada, reaccionaría. En este sentido, no basta un par de secuencias (como las de la base o la del chico muerto desde una ventana) para conferir una intención "progresista"; y, si además, la moraleja final puede entenderse como la de que "quien mal anda, mal acaba", "La Corea" entra de lleno en un cine que no busca causas y que sólo contempla afectos.

Pedro Olea puede salir perjudicado de esta experiencia si en él pesa aún la necesidad de expresarse (y expresarnos) en sus películas. No es el suyo un caso único: cualquier profesional atraviesa etapas de confusión. Pero en el caso de "La Corea" ya no basta con hacer comparaciones con el resto de la cartelera, que continúa su aspecto "de siempre"; coincidiendo con el título de Olea otros como "El límite del amor", de Romero Marchent; "La promesa", de Del Pozo; "Guerreras verdes", de Torrado, o "La lozana andaluza", de Escrivá, que ni siquiera comentamos.

O Pedro Olea se esfuerza en sus siguientes títulos o se ha perdido la posibilidad de un autor.
■ DIEGO GALAN.



"Meridiano", José Guerrero (1975).

ARTE

Pinturas de José Guerrero

Galería grande de Juana Mordó

Alguna vez le leí a don Ramón del Valle-Inclán —en las páginas en que el gran escritor galaico se decidía a escribir de cuestiones estéticas, que fueron raras— que el gran escritor se le descubría a veces por su capacidad de crear una imagen inesperada —o simplemente, una palabra inesperada—, después de la imagen previa, tras la cual, uno podría esperar otra imagen, o simplemente otra palabra más convencional. Creo que eso es verdad, y yo, que nunca consigo romper el dogal de los convencionalismos, lo sé muy bien.

Ahora parecería que yo tendría que decir que lo mismo debe ocurrir con las imágenes del buen pintor... Pero no, porque

hay magníficos pintores —Velázquez, por ejemplo—, cuyas imágenes parecen engarzadas por una lógica aplastante... No...

Y, sin embargo, hay magníficos pintores cuya magnificencia parece fundarse en la condición inesperada y sorprendente del mundo de sus imágenes. José Guerrero, por ejemplo. Alguna vez he dicho yo —en estas mismas páginas— que la capacidad pictórica de José Guerrero le permite tomar una sola forma, coloreada por un solo color, y mantenerla en una gran superficie, sin cansar ni a la superficie ni al conglomerado total de formas en que consiste su cuadro. Lo cual es muy difícil, y eso lo saben muy bien los pintores. Hace falta ser muy pintor, tener muy metida dentro de las tripas la condición "animal" de la pintura —así lo he llamado alguna vez, y refiriéndome precisamente a Guerrero; él me entiende, creo— para tener ese poderío. ¿Pero qué es, qué es lo que hace José Guerrero para mantener una amenidad... —amenidad, si, la llamaré así— en cada una de sus pinturas y en el conjunto de todas? Porque hay que tener en cuenta que Guerrero no utiliza —no ha utilizado nunca— ninguno de los que pudieran ser re-

curso pictórico en otras manos para esa amenización: ni el grueso de color —eso que tanto ha usado la pintura española en los últimos años—, ni veladuras, ni claroscuros... Ni siquiera ha utilizado algo que los pintores abstractos usan frecuentemente, y que por lo demás sería perfectamente legal utilizar: una argumentación mínima, aun cuando no menosprecia por ello una posible simbología o una posible significación... ("Oferta", "La Brecha de Viznar, por ejemplo...").

José Guerrero, orgullosamente, a cuerpo limpio, se enfrenta con la pintura y sólo con la pintura, sin argumentos, sin recursos espectaculares metodológicos...

Pero, eso sí, nos ofrece en su obra eso que el gran don Ramón "de las barbas de chivo" le pedía a los buenos poetas o a los buenos escritores: lo que la lógica no espera casi nunca; la imagen que, cuando parece estar más segura de sí misma y de su color, se corta bruscamente, casi con menosprecio de sí mismo y de su propia seguridad, para dar paso a un vacío que otro color represente. Y tras el vacío, acaso delimitada por una línea negra, acaso sin delimitación, una nueva forma coloreada. A veces, la línea oscura no tiene que ser la frontera o el límite de ningún color: se basta pictóricamente a sí misma como entidad, o dibuja una acción deliberadamente contradictoria frente al gran protagonismo cromático, su vecino próximo. Pero con más frecuencia aún, las lineaciones negras, o simplemente oscuras, lo que hacen es iniciar una asimilación leve de simbología, una flecha, una línea de puntos como indicando una breve acción direccional, una línea meridiana... Nada o casi nada. Casi nada, pero con una acción contundente frente al rojo o al azul al que se opone o al que está limitando, describiendo una zona cualquiera de su gran superficie, o señalando sabe Dios qué zonas de sabe Dios qué influencias...

Guerrero ha hecho la apología de su propia disciplina. Alguna vez yo exalté su plena disposición de la libertad... ¿Son contradictorias las dos ideas? No lo creo. Yo lo que creo es que Guerrero está disciplinado por su estricto sentido de la libertad pictórica. ■ JOSE M.º MORENO GALVAN.